

PABLO NERUDA EN EL RECUERDO: *REGRESARÁ EL CAMINANTE*

VICTORINO POLO GARCÍA
Universidad de Murcia

RESUMEN:

El autor expone su particular visión de las recepciones de la obra nerudiana enfrentando y confrontando distintos momentos históricos de las mismas.

PALABRA CLAVE:

Lectura contemporánea, Verdad poética, Poesía global, Realismo e Idealismo

ABSTRACT:

The author exposes his particular vision of the receptions of the nerudiana work facing and confronting different historical moments of them.

KEYWORDS:

Contemporary reading, Poetic truth, Global poetry, Realism and Idealism.

Hubo un tiempo en que todos fuimos revolucionarios. Y eso estaba bien, porque el mundo necesitaba un giro existencial fuerte. Y los jóvenes venían bien pertrechados para la ocasión. Pero el tiempo y la soledad remedian las enfermedades adolescentes, por lo que el poema conocido de Bertolt Brecht acaba siendo arrinconado en el desván de los recuerdos inoportunos, que bien está luchar unos días, algunos años, pero permanecer en tensión creadora toda la vida es algo ciclópeo.

Aconteció también con los versos de Pablo Neruda, arma poderosa de aquellos jóvenes embravecidos capaces de tornar la *vida en vida*, pese a los filisteos de siempre. Leían el *Canto General*, las *Odas elementales*, *El hondero entusiasta*, *Memorial de Isla Negra*, *Los versos del capitán*, incluso llegaban a leer con entusiasmo *Veinte poemas de amor*, si que lo más interesante resultara ser la *Canción desesperada*. Lo leían todo y todo lo asimilaban, utilizándolo para cambiar, no inútilmente, el mundo, en palabras de otro gran poeta también hoy en lejano recuerdo.

Porque Neruda fue olvidado, como por ensalmo, de la noche a la mañana, tal que un azar quijotesco de signo contrario. Al extremo en que hoy, apenas permanecen los *Veinte poemas de amor* y el libro de Antonio Skármeta convertido en película.

Casi nadie lee los apasionados versos de Pablo Neruda, ni siquiera en los ambientes universitarios, donde las Facultades de Letras debían ser el templo de su devoción y su compromiso.

Cierto es que nuestros jóvenes vienen siendo educados en la flojera mental, la confusión sentimental, la carestía ética y la insolidaridad humana de la barojiana lucha por la vida.

¿Leer? ¿Para qué, si está *la imagen* cómoda y adormecedora? ¿Leer para entender, sentir y ser testigos del dolor ajeno? ¿A santo de qué, si existe el pensamiento blando y único, la globalidad zoológica, el sentimiento troglodita y el mundo ensimismado de la tecnología innovadora?

Eppur si muove, que afirmó el filósofo y por eso lo condenaron. El mundo se mueve. Y día tendrá que llegar para el descubrimiento, para que las gentes entiendan que nada sustituye a los libros excelentes, a los grandes poetas que ofrecen estimulantes visiones del mundo. Día llegará en que los estudiantes universitarios, no sólo los de letras, busquen los libros de Neruda y lean con fruición sus versos clamorosos y llenos de luz, reveladores y plenos de agitación espiritual, sorprendentes y persuasivos como el agua bautismal y el vino bíblico que alegra el corazón de los hombres.

Por eso escribo estas palabras que tienes ante tus ojos, avisado lector de tantos días. Desde la esperanza crítica que taladra el pensamiento y plenifica la sensibilidad a la espera de tiempos mejores, más humanos, en los que de nuevo se produzca el milagro *al salir de la selva, hacia el alto vacío de los dioses*.

En estado de gracia poética, Pablo Neruda escribió más de treinta hermosos libros, ninguno de los cuales deja indiferente al lector que pretende algo más que diversión. Sin duda, *Canto General*, *Residencia en la tierra*, las *Odas elementales* y *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* son los textos definidores de su trayectoria y evolución posible. *Canto General*, en su momento, fue de los más discutidos, sobre todo en la recepción española, aunque también constituyó un ariete formidable lanzado a muchas cosas anquilosadas, obsoletas por el inanimado paso del tiempo. Fue leído, incluso en la clandestinidad de un tiempo gris y desmemoriado. Las *Residencias* revelaron al hombre sufriente, pero feliz y pleno, que cantaba y era cantado con fruición y con gozo. Vinieron bien, como la lluvia en primavera, reconfortaron el espíritu, se produjo una renovación no deshumanizada del orden poético hacia lo humano. Las *Odas elementales* revolucionaron todo: poesía social, poesía de la realidad —eso que ahora, tontamente, se llama de la experiencia— de la existencia mínima y pormenorizadora, de las cosas ignoradas por conocidas en exceso, desde su imperiosa necesidad. Y al cabo, el amor carnal y consuetudinario, la mujer en plenitud de sentido y cuerpo inextinguibles, es decir, el amor que penetra por todos los poros hasta llegar al cerebro para la identificación. Razón por la cual las ediciones del libro se vienen sucediendo con la inevitable isocronía de lo permanente. Y pues Neruda era hombre, todo lo encarnó en la mujer, si que el hombre apenas nada tiene que decir en el amor profundo, tan simplificado de estructura como es, frente a la complejidad misteriosa y activa de la mujer, que los clementes dioses proyectan para lo eterno desde lo efímero. Y la tierra se ocupó de darle cuerpo fecundo, forma inquietante y sustancia reveladora.

Y pues andamos en las tres gracias de Platón, a través de una definatoria dualidad entre Wölflin y Hegel, bueno será considerar que la verdad ahonda su ser y se hace una en la doble vertiente del idealismo y del realismo. Así lo pide, al menos, el sencillo y terminante poema de *Canto General*, cuyo primer verso es toda una toma de conciencia y declaración de principios, sobre la posibilidad única de crear y entender la poesía: el amor

Os amo, idealismo y realismo

El ángulo cenital hace converger sus líneas en el vértice del sentimiento humano, porque de raíces sentimentales -la tierra como madre fecunda de todo lo creado- brota el idealismo, agua palpitante y traslúcida. Y el realismo, piedra rugosa y dura, llena de la pesada aspereza consustancial al mundo. Porque al final de todo, Neruda entero y su poesía van a ser raíz y piedra y cielo, vertidos en la vasija milenaria del hombre a golpe de misterio, de dolor y de soledad. Se ha escrito que la poesía de Neruda es parcial, demasiado esperanzada -amorosa- en general cuando su mirada escudriña el futuro, unilateral y excluyente siempre que hace revivir la América precolombina: ignora el salvajismo, la guerra destructora, los alucinantes sacrificios humanos y presenta sólo un estado edénico, una paz paradisiaca, acusadora y temible a la hora de fijar el presente. Demasiado esquemático. En todo caso, la vida de la humanidad doliente no se poetiza -es decir, se transforma y crea de nuevo- inventariando la *terribilitá* del pasado, sino propiciando la paz y la esperanza del porvenir, incluso el deseo comunitario de la felicidad presente, que en modo alguno significa indiferencia letárgica o juego alienador de adormidera. Ser feliz, poéticamente hablando, significa plenitud humana, preñada de inquietudes y problemas, pero libre de cualquier germen destructor. Ahí está la raíz de la más completa poesía, en algún sentido conformadora del hombre. El poeta vive siempre inmerso en la soledad, más inquietante y profunda cuanto mayor sea su capacidad de creación.

Es hora de afirmar, incluso con rudeza, que la poesía no es únicamente una manera de hablar, una violación de las leyes del lenguaje, ni siquiera una purificación de mundos expresivos. La poesía es, ante todo, jirón cordial, hombre desgarrado, matizada impureza del vivir camino de la nada o a la búsqueda de todo. Siempre mensaje humano -artístico, por supuesto- apoyado en la razón y muy particularmente en el sentimiento. De ahí los dos peligros prevenidos ya por Pfeiffer en relación con el estudio y significado de la poesía, el *diletantismo* y el *esteticismo*. En la raíz de todo está el hecho de que no es fondo ni forma. La poesía debe ser vivida, y el crítico -lector deformado- debiera prevenir cualquier eventualidad a efectos de que su trabajo pueda contribuir al descubrimiento de que un modo de verdad se ha vuelto realidad en el encanto de la forma. Es una manera de expresión que, sin duda, conduce a preguntar por la actitud

auténtica posible frente a la poesía, a veces ciclópea, en ocasiones pequeña y escondida, como la de Pablo Neruda, el de la eterna canción a flor de piel, quien dejó escrito

Una vez... buscando los pequeños objetos y los minúsculos seres de mi mundo en el fondo de mi casa en Temuco, encontré un agujero en una tabla del cercado. Miré a través del hueco y vi un terreno igual al de mi casa, baldío y silvestre. Me retiré unos pasos, porque vagamente supe que iba a pasar algo. De pronto apareció una mano. Era la mano pequeñita de un niño de mi misma edad. Cuando acudí no estaba la mano porque en lugar de ella había una maravillosa oveja blanca.

He aquí la gran cuestión: captar la esencia de las cosas, y no sólo por el placer morboso de su captación sin más, sino por la necesidad, casi biológica, de que despierte la simpatía del hombre, de que se produzca la unificadora emoción tanto tiempo aletargada en aras de un grosero racionalismo que, como es notorio, sólo produce monstruos, hasta el punto de considerar que es necesaria la muerte del individuo para que la especie pueda permanecer. Por eso, cuando el poeta está de vuelta de todo y concibe un poema-síntesis como “El pájaro y yo”, escribe

Yo, poeta
popular, provinciano, pajarero,
fui por el mundo buscando la vida.

Nuestra misión no puede ser otra que rastrear sus caminos, repetir singladuras y encontrar con él la vida *-pájaro a pájaro conocí la tierra-* que alienta y se hace luz a través de su palabra.

Vivir sus palabras conduce a dos caminos, evidentes y necesarios. Mejor dicho, para llegar a la vivencia preconizada es preciso recorrer dos posibles y, en algún sentido, complementarios caminos: el de la intuición y el de la imagen. Al seguir las etapas de la intuición, es indudable que se desentraña mejor la verdad de lo que se manifiesta. Las singladuras de la imagen irán revelando poco a poco el ser más externo de la poesía. Intuición e imagen constituyen un todo complementario y metodológico, insoslayable a la hora de la lectura, del estudio comprensivo y esclarecedor. Es indudable que las dos inciden mejor en el campo sugestivo de la sensibilidad, predominantemente cordial y volitiva, absolutamente necesaria para *entender* la poesía fluvial y telúrica de Neruda

El hombre la tierra fue, vasija, párpado
del barro trémulo, forma de la arcilla,
fue cántaro caribe, tierra chibcha,
copa imperial o sílice avancana.

Parece claro que la idea, el concepto, las fuerzas grises de la razón apenas pueden penetrar la muralla rocosa de los versos: se necesita de la más auténtica y etimológica simpatía para penetrarlos. De ahí que la *intuición* prevalezca sobre la *comprensión*, la *imagen* sobre el *concepto*. Ampliando la idea, podrían establecerse dos cadenas divergentes

Concepto	Intuición
Comprensión	Imagen
RAZÓN	SENSIBILIDAD

La oposición razón-sensibilidad debe ser entendida, es obvio, en función única de determinada *praxis* que pretende de la poesía algo más que una *comunicación lógica* montada sobre las figuras de la retórica tradicional.

Pero todo esto conduce a la noción de *temple de ánimo*, supuesto que fundamenta una mejor y más matizada *asimilación* del significado de la poesía y a cuyo propósito Heidegger habla de su “fuerza reveladora”, y Jaspers de su “virtud iluminadora” para llegar a la conclusión de lo que realmente es: un estar templado, atemperado el espíritu, situado en la mejor postura de equilibrio y serenidad para que, al contacto con el poema, pueda producirse la manifestación de nuestro ser más auténtico. Leamos de nuevo a Neruda

¿Qué dicen tus destellos acosados?
¿Tu secreto relámpago rebelde
antes viajó poblado de palabras?
¿Quién va rompiendo sílabas heladas,
idiomas negros, estandartes de oro,
bocas profundas, gritos sometidos,
en tus delgadas aguas arteriales?

Todo surgió de la necesidad de vivir que la palabra tiene dentro de la poesía, de la constante necesidad de “vivir de las palabras” que tienen quienes la estudian y leen. El camino indicado es el más oportuno, el que mejor penetra la “oscura corteza”. Porque si así no fuera, ¿qué sentido tendrían las interrogantes retóricas de los versos citados? Y todo porque la poesía arraiga en el fondo prístino del ser humano, que escapa a toda intervención planeada y a toda confección intelectual.

Pablo Neruda alcanza en ocasiones alturas siderales por el camino vertical de la palabra hecha metáfora

Noche elevada en dedos y raíces.
Ventana de las nieblas, paloma endurecida.
Planta nocturna, estatua de los truenos,
Cordillera esencial, techo marino
Arquitectura de águilas perdidas.

Profunda letanía en que el espíritu inesperado y la metáfora deslumbrante coadyuvan a fijar el impresionante testimonio de las “ruinas estelares”, en otra edad habitáculo del hombre, hoy símbolo real de la soledad y destrucción más completas.

El verbo, pues, la palabra enraizada en lo más hondo del ser, allá donde “las turbias aguas de la vida” despiden reflejos inquietantes. La misión del poeta es bajar a lo estrecho del pozo y, entre la sombra, atrapar los peces fugitivos y hacerlos aflorar perfilados a la superficie. La tarea es prometeica y por lo mismo cargada de presagios que barruntan un final incierto, susceptible de que las redes aparezcan vacías. Sin embargo, cuando encuentra la palabra idónea, plástica y ajustada, el poeta puede reposar hasta la nueva singladura, porque el esfuerzo ha sido agotador, ya que las palabras no fluyen con facilidad, pesan, son desesperadamente grávidas, como ha notado Mathias Claudius

Quiero estar en la muerte con los pobres
que no tienen tiempo de estudiarla,
mientras los apaleaban los que tienen
el cielo decidido y arreglado.
Tengo lista mi muerte, como un traje
que me espera, del color que amo,
de la extensión que busqué inútilmente,
la profundidad que necesito.

¿Qué hacer ante esta realización verbal de Neruda? ¿Pensar únicamente que es palabra y nada más que palabra? Entiendo que su sentido poético quedaría desvirtuado si prescindimos del contenido. Porque la creación poética no consiste sólo en descubrir un modo de expresión, una forma, sino también y sobre todo en inventar un método, una elaboración basada en sentimientos y en ideas, no por sabidas libres de original y siempre renovado tratamiento. Fijarse únicamente en la forma es maniqueo. Cuando Jean Cohen afirma que “el arte es forma y nada más que forma; y la poesía -en tanto que arte y forma- no es otra cosa que una simple manera de hablar”, está cometiendo un grave error óptico

Sobre los huesos de caciques lejos
de nuestra herencia traicionada,
en pleno aire de pueblos que caminan solos,
ellos van a poblar el estatuto
de un largo sufrimiento victorioso.

¿Es esto sólo una forma de hablar, una transgresión de las leyes del lenguaje? Y no se diga que la opresión y el sufrimiento y los poetas que vendrán son verdades *ya existentes*, porque lo que importa es esta opresión y este sufrimiento y estos poetas

vaticinados. Es la gran cuestión que se traduce -para que la poesía llegue y se haga compartida- en peculiares formas de hablar, de escribir, de expresión en suma. Porque es cierta la trascendencia de la realización verbal de la poesía, entendida como consecuencia obligada de una concepción original y laboriosa del hombre y del mundo. Esto es lo real y auténtico.

Todo lo demás son arenas movedizas. Autenticidad del hombre, del mundo y del verbo. Pero ¿qué modos de autenticidad? ¿Cuál es su valor universal? ¿Hasta dónde resultan objetivos y libres del capricho momentáneo?

Es evidente la necesidad humana del hondo sentimiento y de la palabra que valga para expresarlo: ahí acaba la seguridad de lo auténtico, porque cualquier configuración de la verdad poética supone cuando menos la duda razonable. Cualquier esquema expresivo es, por principio, provisional y condicionado por las circunstancias, por el contexto en el que se inserta. Y es que en el terreno de la poesía no hay conocimiento seguro, ni resultados tranquilizadores que pudiéramos poseer de una vez por todas; aquí todo está eternamente en juego. Valorar las cosas de acuerdo con su autenticidad sólo significa someterse a una exigencia.

Pero entonces ¿dónde está la verdad auténtica de la poesía? Quizá sea ésta una pregunta demasiado ambiciosa e inquietante, planteada en términos demasiado absolutos que invalidarían una respuesta demasiado categórica

Yo estoy aquí para contar la historia.
Desde la paz del búfalo
hasta las azotadas arenas
de la tierra final, en las espumas
acumuladas de la luz antártica.

Esa es la verdad, la validez: el jirón particular, la voz concreta, la palabra ceñida a cada canto en un momento de la historia que fluye y se gesta en remolino continuo. Palabra y tiempo. Concretos. Antonio Machado lo dijo para siempre: *esta* palabra, *este* minuto que surge y se desvanece, “Yo estoy aquí para contar...” Lo demás es aire.

Es la poesía de Pablo Neruda y lo que nos ofrenda: la verdad y los trabajos de los días con meticulosa impresión y propiedad.

La formulación, largo tiempo establecida, que organiza en tres aspectos las potencialidades poéticas, sigue teniendo vigencia plena. En efecto, parece claro que la poesía es concentración de todo tipo de fuerzas, especialmente expresivas, basadas en las intelectuales, cuyo sentido único se opone a la distracción concebida como juego de escape o alejamiento de un lugar y un tono determinados. Cuando Neruda escribe sus *Odas elementales*

No me quedé sentado
en ningún sueño.

Victorino Polo García

Regresé a trabajar sencillamente
con todos los demás
y para todos.
Para que todos vivan
en ella
Hago mi casa
con odas transparentes.

Se produce la más apretada concentración vital y poética. Nada en su palabra distrae ni frivoliza.

Porque se trata de que la poesía se convierta en luz iluminadora del ser, pero de un ser nada abstracto ni ontológico, antes al contrario, vital y pleno de humanidad. Es preciso constituir de nuevo al hombre dentro del hombre, aunque muchas veces los caminos vengán y discurran por el exterior. No es *diversión* ni *forma bella* lo que pretende y encarna la poesía, sino la profundización sensitiva, la hondura del pensamiento, el adiestrar acrecentado de la sensibilidad, para que lo ya contemplado continúe *viéndose* cada vez con mayor ángulo de observación, en descubrimientos siempre renovados

Así, pues
En sus manos deposito
Este atado
De flores y herraduras
Y adiós.
Hasta más tarde;
Hasta más pronto, hasta que todo
Sea
Y eso canto.

Esto es iluminación, no cabe duda, redescubrimiento del ser, de lo más humilde, de lo más sencillo, pero con la huella del hombre siempre al fondo.

La huella
de unos dedos
de una remota mano
perdida
en lo más olvidado del olvido.

Pero cuanto más alto se eleva la idea de nuestra vida, mayor es la certeza del único camino posible. La acendrada verdad del pensamiento. Si las cosas, el mundo y el hombre no se sienten hasta el dolor de la sangre, y así se vierten en la copa del poema, poco habrá hecho la poesía por automererse. Porque el sentimiento hecho verdad constituye el definitivo acceso del hombre hacia la poesía y de lo poético hacia el hombre. Si, como ha notado Hernán Loyola, vida y poesía se iluminan recíprocamente en Pablo

Neruda, no cabe duda que tal iluminación se realiza sobre la base de la sentimentalidad y, como por extensión obligada, su poesía será verdad hecha sentimiento para todos nosotros en tanto que lectores no indiferentes de sus versos.

Y atravesó el desierto mi máscara salobre
Y en las últimas casas humilladas, sin lámpara, sin fuego,
Sin pan, sin piedra, en silencio, solo,
Rodé muriendo de mi propia muerte.

La poesía es algo en sí misma, no sucedáneo de nada ni trasunto de otras realidades. Neruda es ejemplo clarividente de que lo poético se revela y ofrece su existencia cuando lo más exterior adquiere significado interno; cuando, al seguir el camino y sus azares, lo más íntimo humano se convierte en forma, y no produce dislocaciones, ni provoca trivialidades, sino concentración inquieta, inquietante y potencial.

Pero la poesía no sustituye a la vida, porque sería monstruoso. Sin embargo, la poesía que ilumina y suscita el acendrado sentimiento contribuye en gran medida a vivir con más intensidad, de manera distinta y más completa.

En suma, lo poético no puede suplantar a lo filosófico toda vez que el poema lírico y su lenguaje no constituyen nada claro como el entendimiento sino más bien un crepúsculo indeciso alumbrado por el temple del ánimo

¿De dónde, planta o rayo
de dónde, rayo negro o planta dura,
venía y viniste
hasta el rincón marino?

Sombra del continente más lejano,
hay en tus ojos, luna abierta
en su boca salvaje,
y tu rostro es el párpado de una fruta dormida.
El pezón satinado de una estrella es tu forma,
sangre y fuego de antiguas lanzas hay en tus labios.

Hermoso canto de amor, como indica Rodríguez Monegal. Pero también ejemplo claro de oscuridad institucional del sentimiento, donde radica la fuente que mana y corre de la poesía, cuya virtud más cualificada —a la vez fruto real y concreto que ofrenda como encarnación viva de su esencia veraz insoslayable— consiste en revelar el ser de la existencia como algo que se ha vivido una única vez, no como una cosa en la que se medita abstractamente, sino como ser concretamente contemplado.

Descendamos más a Pablo Neruda, a su verso terrible siempre. Ha escrito el poeta: “Si me preguntan qué es mi poesía, debo decirles: no sé; pero si le preguntan a mi poesía, ella les dirá quien soy yo”. Esto lo explicaba allá por el año 1943, ante un

público universitario. Neruda era humilde, porque ya entonces sabía muy bien quién era él y cuál su mundo poético. De todos modos su declaración vale para poner de relieve la interrelación vida-poesía que su *caso* significa; más todavía, para dejar claro el postulado de que ser poeta comporta una misión, es un modo de vivir y de ser más que una forma de trabajo. De ahí que fuera en la niñez lejana cuando se sintió poeta: “Sentí una vez una intensa emoción y tracé unas cuantas palabras”. Es la forma universal de poesía que venimos defendiendo. Muchos años después lo recordará en verso, lo *sentirá* en voz alta

Y fue a esa edad –llegó la poesía
a buscarme. No sé , no sé dónde
salió, de incierto o río.
No sé cómo ni cuándo;
no, no eran voces, no eran
palabras, ni silencio,
pero desde una calle me llamaba,
desde las ramas de la noche, de pronto entre los otros
entre fuegos violentos
o regresando, voló,
allí donde estaba sin otros
y me tocaba.

Allí comienza su vida, allí se inicia la manifestación de su actividad poética. Allí empieza la auténtica historia del poeta-hombre llamado Pablo Neruda, historia que se ha definido como la de “una conciencia en su enfrentamiento con el mundo”. Suscribimos el juicio y pensamos que es, quizá, la única forma válida y actual de encarnar la poesía, porque huir del mundo, marginar al hombre, aislarle en la tradicional torre de marfil y situarse por encima del bien y del mal sólo expresa impotencia y deseos de esteticismo. Leyendo los versos de Neruda, a lo largo y a lo ancho –incluso en *Memorial de Isla Negra*, incluidas *Las piedras del cielo*- siempre queda la convicción de que allí palpita el hombre en su más gloriosa imperfección, de que la voz autobiográfica y personal del poeta Pablo traduce “existencias de muchos hombres”, si bien hay que destacar que no las objetiviza, no las hace abstractas y generalizadas: es la conciencia y la voz de Pablo Neruda por la que hablan y se manifiestan infinitud de hombres que sufren y ríen, que padecen y se entusiasman, es decir, que viven. Hasta tal punto es así, que las voces universales se concretan y materializan sobre todo en la peripecia del hombre americano de hoy, habitante desarraigado de la doliente América cuyo “nombre no invoco en vano”, de su Chile que tanto le dolió y por el que tanto hizo, de todos y cada uno de sus hombres en el tiempo pasado, en el presente y los que habrán de vivir en el futuro.

Cierto que se trata de la voz que suena en las *Odas elementales*. Pero todo es uno

y lo mismo: la voz del *Canto General* viene a decir la misma verdad, pese a que los registros tonales son distintos.

En cualquier caso es la voz de todos los hombres, del hombre americano, del hombre particular llamado Pablo Neruda, que se hace universal a fuer de concreto. Pero su voz es la de su poesía, que también resuena universal, como nota Hernán Loyola al hablar de las mutuas implicaciones.

De ahí el interés no sólo de su propia experiencia incorporada a la poesía, sino de sus ideas y conceptos en torno al fenómeno poético y su plasmación verbal, es decir, todo aquello que se refiere a la creación literaria y poética.

La consecuencia inmediata es que, por una parte, encontramos un Pablo Neruda con grandes preocupaciones sociales, que informan su poesía de principio a fin, como una constante inquietud que se traduce en prueba de confianza con respecto al valor y poder de la palabra. La literatura, la poesía en tanto que son palabras, se configuran como agentes capaces de transformar la realidad en que el hombre vive, porque antes han contribuido a cambiar, mejorándolo, al propio hombre. Por otra, una vez fijada la misión de la palabra, intentará organizar su creación en ciclos para que la obra sea una y plena de fructífera capacidad. Así lo expresó el propio autor y así lo entendemos nosotros, pese a la idea de Amado Alonso: “Pablo Neruda ve cada cosa del mundo en una disgregación incontenible”. Nada más erróneo, quizá por la doble limitación dentro de la cual actuó el crítico: la parcial producción del poeta y el pretender encerrarlo dentro de esquemas demasiado formales y estilísticos. En este sentido *La poesía de Pablo Neruda* no es un libro sobre la poesía de Neruda, sino un estudio parcial en torno a un limitado aspecto del mundo nerudiano, básico, pero cuya uniteralidad puede conducir a errores de concepto, como el apuntado de la disgregación. Y es que la poesía de Neruda, también en ese sentido, se manifiesta como concentración y síntesis.

Sea como fuere, lo más válido en estos planos siguen siendo las palabras de Neruda, improvisadas en el verano de 1964, con ocasión académica: “Apenas escrito *Crepusculario* quise ser poeta que abarcase de la emoción de un momento a una unidad más amplia. Mi primera tentativa en ese sentido fue también mi primer fracaso. Se trata de ese ciclo de poemas que tuvo muchos nombres, y que, finalmente, quedó con el de *El hondero entusiasta*. Este libro, suscitado por una intensa pasión amorosa, fue mi primera voluntad cíclica de la poesía: la de englobar al hombre, la naturaleza, las pasiones y los acontecimientos mismos que allí se desarrollaban, en una misma unidad, y no sé si será pecar de jactancia decir a los años que llevo, que no renuncié a seguir atesorando todas las cosas que yo haya visto o amado, todo lo que haya sentido, vivido, luchado, para seguir escribiendo el largo poema cíclico que aún no ha terminado, porque lo terminará mi última palabra en el final instante de mi vida”

Sobre la rota voz de su final instante, vayamos al concepto que Neruda tiene de la poesía, muy complejo sin duda, aunque siempre se asienta sobre una base fundamen-

tal: el calor del contacto con el hombre y sus cosas. Piensa Neruda que la unión táctil entre el hombre y la tierra es una fecunda lección para la poesía, porque supera desde la misma raíz cualquier tentación de “purezas” exquisitas y minoritarias. Las manos rugosas, manchadas con el barro de los oficios diarios, constituye el gran hontanar, lo que en modo alguno significa vulgaridad y ramplonería propia del realismo de cortos vuelos. Todo lo contrario, pero es preciso que la confusa impureza de los seres humanos –hombre existencial en toda su integridad- conforme y defina el fenómeno poético. Veamos un texto en prosa:

Así sea la poesía que buscamos, gastada como por un ácido por los deberes de la mano, penetrada por el sudor y el humo, oliente a orina y a azucena salpicada por las diversas profesiones que se ejercen dentro y fuera de la ley. Una poesía impura, como un traje, como un cuerpo.

Me parece ocioso indicar que no debe ser entendida esta poesía impura como contradictoria suscitada por la conocidísima “poesía pura”. Todo esto es muy sabido y sería caer en el mismo pecado que los “poetas y teóricos puros” el inventar, crear y definir una “situación impura” y polar. La relación habrá que buscarla a través de otro prisma: no se trata de elementos homólogos y contrarios respecto de un eje simétrico, sino de círculos concéntricos de diferente radio: la pequeñez de la “poesía pura” se ve ampliada, dilatada de horizontes, por esta otra poesía global de la “consustancial impureza humana”.

En este sentido, la decisiva *Carta a Miguel Otero Silva* viene a poner en verso lo ya citado en prosa

Cuando yo escribía versos de amor, que me brotaban
por todas partes y me moría de tristeza,
errante, abandonado, royendo el alfabeto,
me decían: “¡Qué grande eres, oh Teócrito!”
yo no soy Teócrito: tomé la vida,
me puse frente a ella, la besé hasta vencerla,
y luego me fui por los callejones de las minas
a ver cómo vivían otros hombres.
y cuando salí con las manos teñidas de basura y dolores
las levanté mostrándolas en las cuerdas de oro,
y dije: “Yo no comparto el crimen”:
tosieron, se disgustaron mucho, me quitaron el saludo,
me dejaron de llamar Teócrito, y terminaron
por insultarme y mandar toda la policía a
encarcelarme
porque no seguía preocupado exclusivamente
de asuntos metafísicos

He ahí el más auténtico mester de poeta; arrojarse sobre el mundo para ver cómo viven los hombres y traducir su vida con lentitud y seguridad. Todo es, todo debe ser poético si, como San Juan de la Cruz preconiza en otros órdenes, “se realiza la entrada en la profundidad de las cosas con un acto de arrebatado amor”. Es el talismán, necesario para diferenciar los mundos poetizados de los que no lo son, porque la poesía no existe fuera, objetiva y esperante, antes al contrario, se *realiza* en el taller del poeta y se produce en fruto al alcanzar la dulce superficie del instrumento tocado, sin descanso, es decir, al vivir y experimentar las cosas de manera única. Y así deberá llegarse a no olvidar nunca “la melancolía, el gastado sentimentalismo, perfectos frutos impresos de maravillosa calidad olvidada”, dejados atrás por el frenético libresco, porque sabido es y demasiado olvidado que “la luz de la luna, el cisne en el anochecer, *el corazón mío*, son sin duda lo poético elemental e imprescindible”. En suma, se trata de no rechazar nada, de asumirlo todo y darle nueva voz, palabra nueva y resonante.

A partir de ahí, hacia atrás o hacia delante plena, de epítetos líricos, como en las *Alturas de Macchu Picchu* o renunciando a veces incluso al nombre, como en las *Odas elementales*, el camino irreversible de Neruda, como el de Antonio Machado, es hacia la soledad y el aislamiento a través de los grandes tópicos de la existencia: el hombre, la vida, la muerte, organizados en torno a los dos polos estructurales entre los que oscila la poesía nerudiana.

Sucede que el *Canto* y las *Odas* tienen algo de opuesta realidad, y no sólo desde el punto de vista de la poesía. Alcanzan raíces puramente vitales, si bien el primero representa un sentimiento de saludable exaltación lírica, sentimiento que también se descubre en las *Odas*. Pero en el *Canto* todo es desmesurado, terrible, incluso la misma utilización de la palabra poética, que es mucho más planificadora que descriptiva: los ochenta y cuatro epítetos de una sola sección hablan con elocuencia. Y como muy bien se ha notado, trozos del *Canto* son considerados ya como sin par en la Historia del Barroco Hispánico.

Las *Odas*, por el contrario, son y significan lo pequeño. Los océanos, selvas y montañas han desaparecido. El verbo ciclópeo también. Y en su lugar aparece una “suave alegría” y “una cierta melancolía de varón maduro y sabio”, que significa un freno al desbocado potro lírico de Neruda. En este sentido, nada orquestal y majestuoso, muy poco de adjetivación lírica, levísima transfiguración metafórica. “Con su ojo de cíclope y sus gruesos dedos examina el grano de sal, el pequeño vientre de la cebolla, el cofre de la castaña, y escribe sus observaciones en frases breves, en palabras sueltas, como un hombre de ciencia que ha descubierto el sistema de aprisionar el sistema de la vida en el nombre de las cosas, desilusionado ya de fórmulas y símbolos”.

El contraste no puede ser más evidente y de raíces más hondas, porque mientras el *Canto* es la glorificación de seres impresionantes, ciclópeos, de huesos crujientes y aplastante carnosidad, las *Odas* son el “esqueleto suficiente”, la médula destilada de una “osamenta poética”.

Sin embargo, interesa especialmente la grandiosidad del *Canto General*, porque si bien no encierra la angustia de *Residencia en la tierra* ni la ira de *España en el corazón*, tampoco son ciertas las palabras del poeta, dirigidas a su amigo Cardona Peña: “Creo que mi libro, desde su comienzo, es un libro alegre, sano, optimista, a pesar de la tristeza que lo circunda no en forma total”. Es preciso no confundir la alegría del Neruda que escribe con la posible alegría del libro escrito. Pese al destierro, el poeta está contento mientras escribe “en casa de gente de mar” y cuando cruza la cordillera de los Andes, fujitivo, “sin más ropa que la puesta, con mi buen librote y dos botellas de vino en las alforjas”. Pese al poeta, el libro que cruzó la cordillera no es alegre porque, sobre todo, en él se encuentra el hombre perdido en su inmensa soledad. Jaime Giordano intenta ver la suprema alegría de la poesía nerudiana en dos instancias particulares, la primera de las cuales nos remite al conocimiento del dolor común, porque la tristeza se aloja en el individuo, la alegría en la lucha social encabezada por los oprimidos, y cita el *Canto de amor a Stalingrado*. Pero lo cierto es que el dolor permanece, porque el individuo en modo alguno puede ser asumido por la colectividad, salvo que deje ser hombre. Tampoco vale la oposición juventud-senilidad para afirmar que en la vejez nada ha cambiado sino la valentía y el ánimo para asumir reconciliadoramente el mundo y el existir contradictorio; porque la vejez es época “de reconciliaciones y optimismo, por el propio cansancio vital y por la vida y sus éxitos en torno”. El mejor poeta es el joven y maduro, no el de la vejez, aunque produzca sentimiento.

¿Y no me para la muerte con su piedra,
No me canso de ser y de no ser
Seguirá más pujante y:
adónde iremos?, dicen las cosas sumergidas
¿Qué soy, pregunta por vez primera el alga,
y una ola, otra ola, otra ola responden:
nace y destruye el ritmo y continúa:
la verdad es amargo movimiento

Y no hay respuesta. Mejor dicho, la respuesta es una sola: “Aquel mundo en que los hombres se sientan seguros como en su casa (en la terminología de Bachelard) se ha derrumbado bajo los poderosos golpes de la muerte”.

Es la meta final. Pero antes está el hombre, está el continente americano donde

Fueron los ríos, ríos arteriales,
antes de la peluca y la casaca.

Todo se hace personal, íntimo, en busca de la “palabra aún no nacida de mi boca”. Porque esa “madre piedra espuma de los cóndores” fue la morada del hombre y su implacable camino

Y atravesó el desierto mi máscara salobre
y en las últimas casas humilladas, sin lámpara, sin fuego,
sin pan, sin piedra, sin silencio, solo,
rodé muriendo de mi propia muerte.

El hombre que se fija en la piedra, que se trasciende a sí mismo y de cuya vida nace otra vida inquietante y desconocida: *El alto sitio de la aurora humana/la más alta vasija que contuvo el silencio:/ una vida de piedra después de tantas vidas.*